

AL FRENTE DE BATALLA - 1659

CAPITÁN
FRANÇOIS FRONSAC

VISCOMTE
CHARLES BATZ-CASTELMORE

ALAIN
DE LA DÉBÂCLE



BAGATELLE
La gazette pour le chevalier averti.
1659 N° 2

Editorial



los benévolos lectores...
y también a los
irremediabilmente
ofendidos:

Dicen los sabios que la risa alarga la vida. Si ello fuera cierto, París sería ya una ciudad habitada únicamente por inmortales... salvo por aquellos caballeros y damas cuya ocupación principal consiste en indignarse antes siquiera de haber entendido una frase. En Francia nos podemos reír de casi todo. He dicho “casi” pues hay ciertas cosas intocables y que merecen estar aparte. El cadalso da testimonio de ello.

Lo que tiene entre sus manos -amable lector- es un fajo de papeles con un contenido que no le va a dejar indiferente. Hechos, anécdotas, escenarios, personajes que irán desfilando ante usted y en los que podrá reconocer -equivocadamente la mayor parte de las veces- a algún conocido, a una situación vivida, a un rumor de

los que circulan por los mentideros de París y -por qué no- a usted mismo. Debo advertirle que esto -más pronto que más tarde- puede suceder. Tómese lo con humor y -si lo necesita- con un buen trago, que buena falta le hará.

La humilde gaceta que hoy llega a sus manos no pretende dictar leyes, corregir costumbres ni disputar asiento a los filósofos del país. Bastante tienen ellos con discutir entre sí (como nosotros en la taberna pero sin risas). Nuestro propósito es mucho más modesto: arrancar alguna sonrisa, retratar los pequeños vicios de la sociedad y recordar que incluso el más encopetado marqués puede tropezar con el barro sin que por ello se derrumbe el Reino.

No busquen aquí malicia contra Su Majestad, cuya gloria ilumina Francia como el propio Sol. Tampoco encontrarán desprecio hacia la nobleza, el ejército o la buena gente del pueblo. Si alguien aparece

retratado con exageración será porque los defectos humanos, cuando se contemplan en un espejo bien pulido, suelen parecer mucho mayores de lo que en realidad son.

Habrà quien, al verse reflejado entre estas páginas, proteste con la gravedad de un juez y la susceptibilidad de una actriz sin aplausos. A esos ilustres lectores les rogamos dos favores: el primero, que respiren profundamente antes de llamar al verdugo; el segundo, que comprueben si el retrato realmente se les parece... pues no sería la primera vez que un hombre descubre sus defectos precisamente cuando cree estar contemplando los de otro. Nada de duelos tras los muros de la Iglesia.

Si, después de todo, algún espíritu severo decide escandalizarse, le ofrecemos nuestras más sinceras condolencias. Vivir sin sentido del humor es carga más pesada que portar una armadura de acero durante todo un verano. Que se lo digan a los que están en el Frente (gloria eterna para los defensores de Francia).

En cuanto a los demás, acomódense junto al fuego, sírvanse una copa de buen vino, aflojen un poco el cuello del jubón y recorran estas páginas con la misma ligereza con la que fueron escritas.

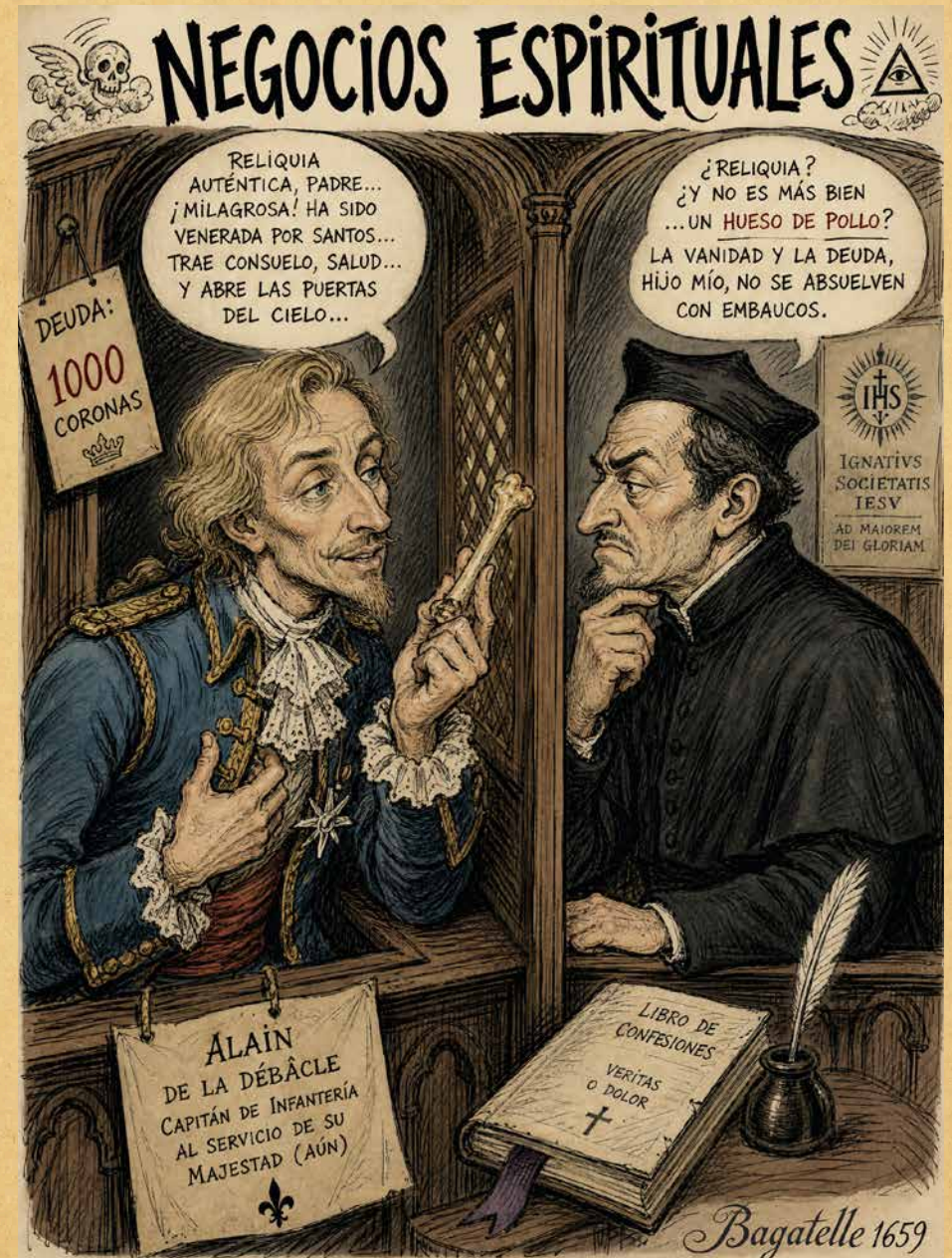
Y si al terminar descubren que se han reído con la parodia de algún personaje... procuren no asegurarlo demasiado alto. Nunca se sabe cuándo ese personaje puede estar sentado justo a su lado.

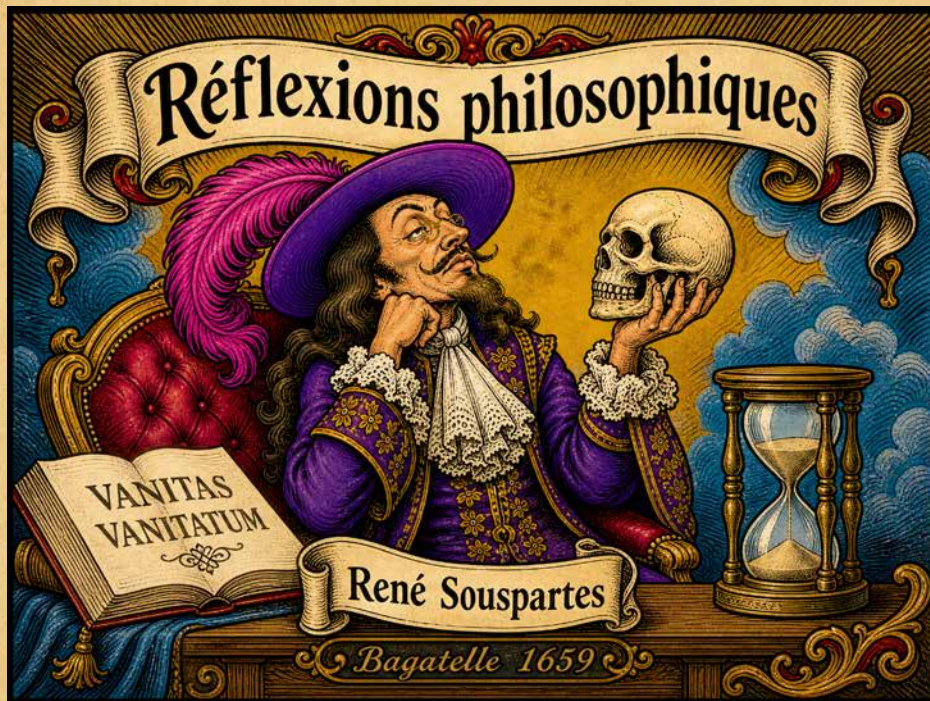
¡Y ríanse también de mi, hombre!, que mi propósito es pasar por esta vida como un fiel servidor del Rey, de Francia, de mis amigos, de mi dama y de quien me pague un buen sueldo. ¡Que empiecen las risas!

Con humor, pero con respeto:

Gaston de la Truffe







Del indebido uso de las campañas militares por parte de algunos caballeros

Ante todo, disculpas por el largo título. Y en realidad no debería decir ‘por parte de algunos caballeros’ sino ‘por parte de casi todos los caballeros’, pero no quería comenzar levantando esa liebre tan pronto.

Es una triste realidad que los esfuerzos del aparato bélico de Su Majestad se ven seriamente mermados por iniciativas caóticas y egoístas de muchos de los caballeros que ostentan cargos como oficiales de sus regimientos. No hay que engañarse: casi todos los caballeros que se alistan no lo hacen por un sentimiento de

fidelidad al monarca, o porque piensen que es necesario defender a Francia. Lo hacen porque piensan que es la vía rápida para enriquecerse o para conseguir el tan ansiado título nobiliario que les permitirá aspirar a cargos más altos y nuevos títulos (y también más botín o más ingresos; algún día hablaré de las escandalosas inversiones de nuestros más afamados personajes de la Cité).

Este comportamiento tan extendido como aceptado en nuestra sociedad muestra diversas gradaciones, en función del grado del oficial, valga la redundancia. Primero tenemos los subalternos o los capitanes de los regimientos. Estos caballeros se ofrecen como voluntarios para servir en los regimientos fronterizos. Lo que buscan no es ayudar a estas sufridas tropas que bregan constantemente con los enemigos de Su Majestad. No; aceptan un riesgo elevado, eso hay que reconocerlo, con la esperanza de ser mencionados en la orden o de conseguir un sustancioso botín que les permita una vida desahogada en París,

al menos durante unos meses. Aquí el perjuicio es menor, aunque habría que escuchar la opinión de los coroneles de los fronterizos, que no cesan de recibir ‘voluntarios’ a los que hay que adiestrar, cuidar, vigilar para que no echen a perder unas tropas excelentes... y luego, cuando el ‘voluntario’ ha obtenido lo que buscaba, ‘si te he visto no me acuerdo’.



A continuación, tenemos a los mayores que, de nuevo redundamos, significan ‘palabras mayores’. Porque estos oficiales vienen con su batallón bajo el brazo. De manera que los coroneles de los fronterizos (¿alguien duda a estas alturas que se merecen un monumento por su paciencia?) ven cómo llega una unidad que no sabe nada de lo que está ocurriendo en esa zona del frente, que tampoco se va a integrar en operaciones con otros regimientos y que obedece a un mayor que, como dijimos al inicio, busca gloria y dinero, no una senda bien meditada que lleve a la victoria de las armas de Su Majestad.

El mejor ejemplo de lo que acabo de detallar es, ni más ni menos, ¡el ministro de la Guerra! René Gade tiene a sus órdenes un batallón de la Guardia Real que aparece con puntualidad al final de cada trimestre de campaña, guiado por un oficial que busca cuadrar sus cuentas a base de fugaces golpes de mano. De hecho, creo que René Gade ha inventado

una estrategia que seguro gozará de predicamento en edades futuras y que yo he dado en bautizar, modestamente, como ‘guerre éclair’. Vuelvo a nuestros sufridos coroneles de regimientos fronterizos. Si ya era malo que aterrizaran capitanes novatos, mayores con ‘batallones independientes’, ¿qué debe significar que te caiga encima un batallón de la Guardia Real, con el mismísimo ministro de la Guerra al mando?

Y mucho me temo que pronto veremos al otro regimiento preferido por Su Majestad, sus Mosqueteros, dando quebraderos de cabeza a los fronterizos. Lo digo por la reciente incorporación como capitán de De la Débâcle. Veremos lo que tarda en que le asciendan a mayor para llevar a su batallón a la caza del jesuita, allá donde esté. Y no olvidemos a su compinche Fronsac, que también parece tener madera de ‘mayor en ciernes’. Menos mal que el vizconde de Castelmore, también él mosquetero, no parece estar tan necesitado de títulos o dinero.

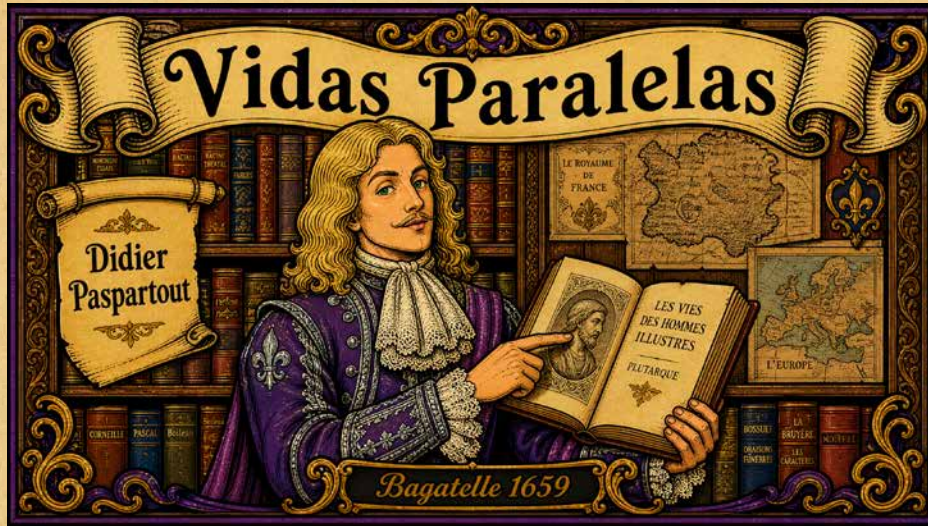




Por último, y como culmen de desatino, quiero recordar el uso de un regimiento de Su Majestad... ¡para derrocar a Su Majestad! Esto ocurrió hará cosa de un año. Uno no puede evitar preguntarse qué debían pensar el Cardenal Mazarino, el ministro de Estado o el ministro de la Guerra para dejar que un regimiento, los coraceros del Príncipe de Condé, siguiera formando parte del ejército de Su Majestad, cuando su patrón, el Príncipe de Condé, estaba ejerciendo de general en el bando de los españoles y se seguía proclamando como legítimo candidato al

trono de Francia. ¿Qué podía salir mal? Solo hizo falta que un iluminado como Christian de la Croix llegara al grado de teniente coronel de dicho regimiento, asesinara a su coronel y luego sacara sus tropas a la calle para dar una asonada. Menos mal que el ministro de Estado, en su calidad de Gobernador Militar de París, estuvo a la altura de las circunstancias. Eso sí, todavía tenemos a ese regimiento integrado en nuestro ejército, aunque los interesados caballeros de los que hablo en este texto lo evitan como la peste.





Cael de Rouen y Renné Gade

Un avezado lector del primer número de La Bagatelle se preguntaba, con evidente sorna, si en este apartado de las Vidas paralelas a lo Plutarco osaríamos retratar a alguno de los personajes importantes de la Corte.

Este humilde redactor recoge el guante del desafío y por ello voy a referirme a dos caballeros que, juntos, aúnan más poder que el resto de los caballeros que pululan semana tras semana por L'Épée d'Or o se aburren en los estrenos teatrales.

El primero es Cael de Rouen, conde de Rouen, ministro de Estado, Gobernador Militar de París, Inspector General de Caballería y teniente general. El segundo es Renné Gade, le comte Nadé, ministro de la Guerra y mayor de la Brigada de Guardias.

Comenzaré por de Rouen, personaje parco en palabras pero abundante en actos que a veces lo elevan y otras lo denigran. Ocupar la cima de nuestra agitada sociedad implica una cierta soledad, que de Rouen parece llevar con

facilidad. Se le ve en su club, donde acepta con la misma cordial indiferencia que un borracho como De la Débâcle le vomite encima, como que su único enemigo regimental (diantres, ¿por qué de Rouen sigue perteneciendo a los Carabineros de la Reina?), Philippe Le Clothes, le rete por enésima vez a un duelo. Pero todo sin decir esta boca es mía, en clara antítesis de alguien como Montoya.

Tenemos luego a Gade, un personaje que despierta desconfianza allá donde va. Los dos últimos tenientes generales de la Policía lo encausaron nada más llegar al cargo. ¿Por qué? Es obvio, consideraban que Gade hacía un uso abusivo de su cargo para obtener el beneficio propio (creo que mi colega Souspartes lo menciona en su último Réflexions philosophiques). Curioso que en ambas ocasiones, Gade fue declarado inocente... por de Rouen, ministro de Estado y juez en estas materias. ¿Casualidad o coincidencia de intereses de dos de los miembros más poderosos de la nobleza?

Aparte de la bonhomía que desprende ese 'si te encausan, yo te absuelvo', hay algunas cosas más que tienen en común Gade y de Rouen. Por ejemplo, una relación con sus esposas que deja claro que para ambos lo importante es la carrera política y no la familia. La sufrida Laurélie tuvo que esperar ¡tres años! desde que de Rouen solicitó su mano hasta que el ministro recordó que luego debían contraer matrimonio. Y qué decir de Éleanor que vio como embargaban sus más preciados bienes porque su marido, ministro de la Guerra, estaba en bancarrota y no podía hacer frente a los préstamos que había solicitado. Inciso: ¿para qué necesitaba Gade tanto dinero?

He de decir que de Rouen tuvo su momento de gloria, como Gobernador Militar de París, cuando impidió una cuartelada de los cuirassiers del Príncipe de Condé, guiados por su iluminado teniente coronel, Christian de la Croix. Sin hacer ostentación de su poder, sin emitir bando alguno, de Rouen sacó las





tropas disponibles a la calle, derrotó a los cuirassiers y luego consiguió que De la Croix falleciera convenientemente en La Bastilla. Estas cosas tan feas no lo son tanto cuando no quedan testigos ni declaraciones de los culpables.

Respecto a Gade, he de decir que es un enamorado de los procedimientos. Nuestro ministro de la Guerra tiene alma de leguleyo y lo demuestra en sus constantes polémicas, siempre guardando las formas, con los Reales Secretarios; si hay un resquicio en algún mecanismo burocrático, por ahí se colará Gade. Maneja con maestría el arte de la

movilización de tropas, aunque luego no sepa muy bien qué hacer con esas tropas movilizadas (siempre dice que eso es cosa del Mariscal de Francia).

Para acabar. El afán de mejorar (por decirlo de manera amable) de le comte Nadé hace pensar que la entente cordial que existe entre nuestro ministro de Estado y nuestro ministro de la Guerra no durará para siempre, porque es evidente que Gade no se va a conformar con seguir movilizand tropas y seguro que sueña con ser ministro de Estado en lugar del ministro de Estado. Será interesante presenciar ese duelo en lo más alto.



Les murmures de Paris

Esta sección no ha sido verificada por esta Santa Imprenta, pero se sabe que esto es ampliamente comentado en tabernas, conventillos y cuarteles de mala reputación...

Se asegura que un capitán de los Mosqueteros ha descubierto que las balas de cañón vuelan más despacio cuando uno las mira con cara de preocupación.

Dicen que el Ministro de Estado ha encargado otras quinientas sillas para el Consejo de Guerra. Soldados no se sabe, pero sillas no faltarán.

Corren apuestas sobre cuánto tardará el capitán Fronsac en convertir otra misión imposible en una orden del día.

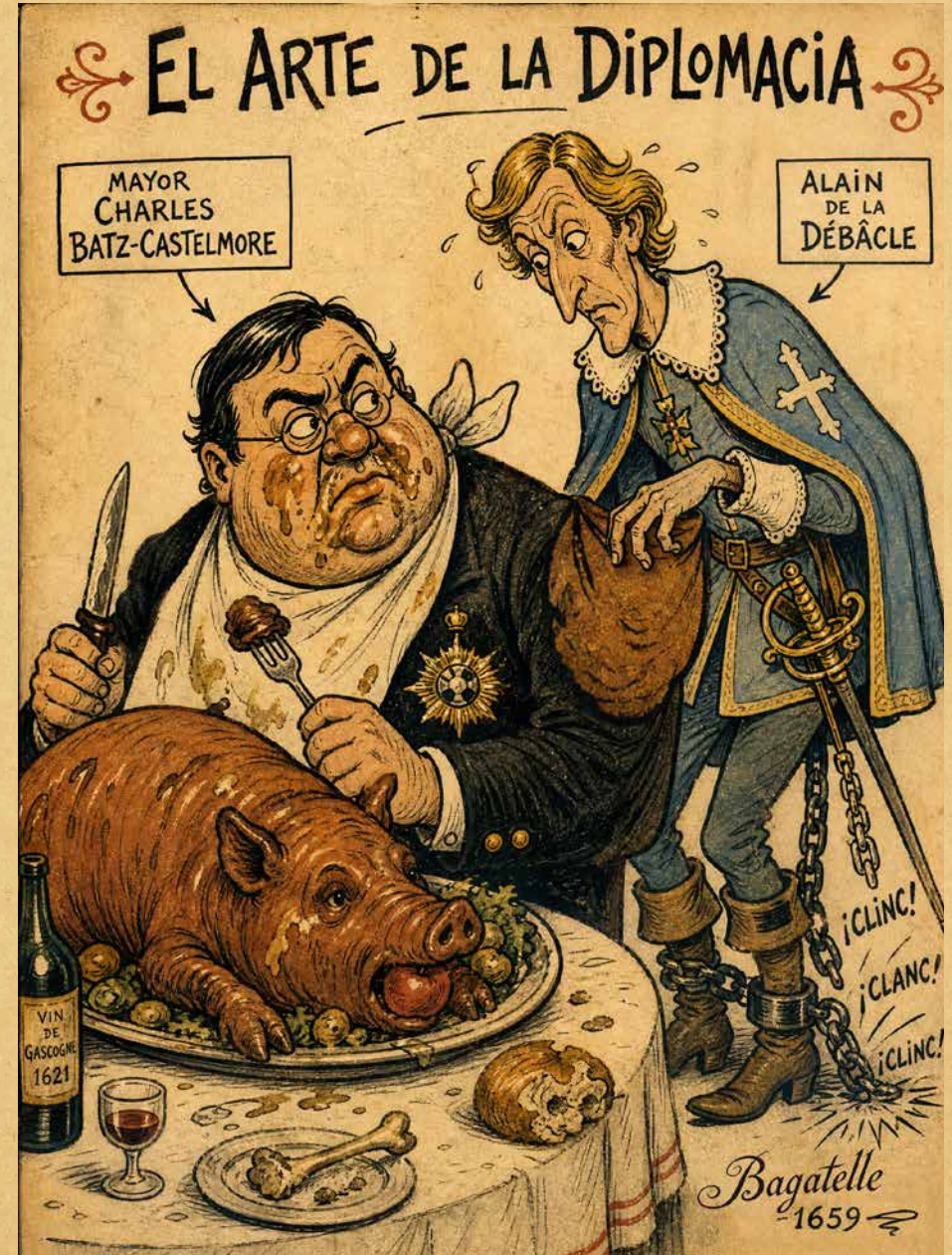
Hay quien sostiene que el Rey concede audiencias más deprisa cuando le llevan galletas. Sobre todo si tienen forma de flor de lis.

Los mercaderes de pólvora celebran que el Ministro de la Guerra considera el gasto de munición una forma muy eficaz de estimular la economía.

Un caballero asegura que Alain de la Débâcle ya ha recibido más indultos, recomendaciones y cartas de apoyo que multas pendientes.

Algunos vecinos juran que un mono vestido como un gentilhomme vende más gacetas en una mañana que tres pregoneros en una semana.

Se comenta que en ciertos despachos se planifican las campañas con mapas muy detallados... siempre que el enemigo tenga la cortesía de atacar exactamente donde está dibujado.





Bagatelle
1659